

sitados los restos del Venerable Rev. Padre Fr. Antonio Margil, para trasladarlos á otra más pequeña y colocarlos después definitivamente en la Capilla de la Purísima Concepción de la misma Santa Iglesia; segundo: que dichos restos fueron colocados con todo esmero y cuidado la tarde del día siguiente, por el mismo Rev. Comisario General de Franciscanos y por los otros dos Prelados de que antes hace relación, en una urna autorizando este acto como representante del Illmo. Sr. Arzobispo, el referido Sr. Canónigo Dr. D. José Joaquín Uría; y tercero: que cerrada la urna con cuatro llaves distintas, se ligó con unas fajas que quedaron aseguradas con el sello del Colegio Apostólico de San Fernando de México, entregándose después la primera de las expresadas llaves al Sr. Comisionado del Illmo. Sr. Arzobispo para que la pusiera en manos de S. S. Illma; la segunda al Rmo. Padre Comisario General; la tercera al Rev. Padre Guardián de S. Francisco, y la cuarta al Rev. Padre Guardián de S. Fernando. México, Febrero veinte de mil ochocientos ochenta y cinco.—Lic. Ignacio Martínez Barros, Secretario.—Una rúbrica —Y para los efectos á que haya lugar, expido la presente en la Secretaría Arzobispal de México, á los doce días del mes de Marzo del año de mil ochocientos ochenta y cinco.—Lic. Ignacio Martínez Barros, Secretario.—Una rúbrica.

Es copia sacada fielmente del original que obra en el archivo de la Comisaría General, y que debe obrar en este Colegio Apostólico de S. Fernando, en unión de la llave que le fué entregada al que suscribe.

Colegio Apostólico de S. Fernando de México, fiesta de la Pascua de la Resurrección de Ntro. Señor, á los cinco días del mes de Abril del año del Señor de mil ochocientos ochenta y cinco.—Fr. Isidoro M^a Camacho, Guardián.—Una rúbrica.

Con esta llave grande abrió el Illmo. Sr. Arzobispo de México Dr. D. Pelagio Antonio Labastida y Dávalos, el día 19 de Febrero del año de 1885, la caja en que

estaban encerradas las reliquias ó restos del Venerable Padre Fr. Antonio Margil de Jesús que fué cerrada en Febrero de 1778.—El día 20 de Febrero de este año de 1885, dispuso el mismo Illmo. Sr. Arzobispo en unión del M. Rev. Padre Comisario General Fr. Teófilo García Sancho, que se trasladaran á otra caja, lo que se efectuó en presencia del Sr. Canónigo Dignidad de esta Iglesia Catedral, Dr. D. José Joaquín Uría, comisionado por S. S. Illma., el Sr. Secretario de Cámara y Gobierno de esta Sagrada Mitra, Canónigo Lic. D. Ignacio Martínez Barros, el M. Rev. Padre Comisario General antes citado, el Rev. Padre Guardián de la Provincia del Santo Evangelio, Fr. Francisco del Refugio Aguila. Y se cerró con cuatro llaves en nuestra presencia, quedando una llave en poder del Illmo. Sr. Arzobispo, otra en el del Padre Comisario General, otra en el del M. Rev. Padre Provincial de la del Santo Evangelio, Fr. Manuel Rivero, y la última se me entregó á mí como Guardián del Colegio Apostólico de S. Fernando de México, y la que debe obrar en poder del Guardián que por tiempo lo fuere de esta Comunidad, y para que conste lo firmé en México á los 21 días del mes de Febrero de 1885.—Fr. Isidoro M^a Camacho, Guardián.—Una rúbrica —Un sello que dice: "Colegio Apostólico de S. Fernando de México."

XV.

Un Testigo de vista.

Relación del P. Fr. Simón del Hierro.

Desde el año de 1707 que vino el Venerable P. Fr. Antonio Margil de Jesús á fundar el Colegio de N. S. de Guadalupe de Zacatecas desde la ciudad de Guatemala, por el mes de Enero, hasta el año de 1726 en que murió, por el mes de Agosto, le conocí muy bien y le traté y comuniqué muy de cerca, todo el tiempo que fué Guardián del Colegio de Zacatecas, siendo yo

súbdito suyo, y después le acompañé once meses haciendo misión en todo el camino que hizo hasta la ciudad de México, por Guadalajara, Valladolid y Querétaro hasta que murió en dicha ciudad de México, en grande opinión y fama de santidad.

Desde la primer entrada que hizo á la ciudad de Zacatecas, aun teniendo yo solo ocho años de edad, me causó grande admiración la veneración que todos le daban, aclamándolo por santo: todos se arrojaban á besarle la mano, muchos se echaban á sus piés para besarlos, y aun los muchachos se atropellaban, siendo necesario que algunas veces se parara para darles lugar á que le besaran la mano. A todos los saludaba diciendo: *Ave María*, y á todos los despedía diciendo: *Adios, Adios*.

Distaba la ciudad de Zacatecas más de una legua desde el Colegio, y venía muchas veces á los negocios que se le ofrecían, que los más eran á confesar y predicar, venía á pié, y todo el camino venía rezando, y lo mismo era á la vuelta. Visitaba á muchas personas de la ciudad, confesaba á todos los que le solicitaban que no eran pocos, porque todos deseaban confesarse con él, y siempre se volvía al Colegio el mismo día; y muchas ocasiones se volvía antes de medio día al Colegio; en las visitas que hacía en la ciudad era muy breve, su salutación *Ave María* y su despedida *Adios, Adios*, y no se sentaba si no había especial negocio, y de la misma manera saludaba y despedía á los que encontraba por el camino, y todos procuraban besarle la mano. No admitía conversación por breve que fuera; y cuando le preguntaban alguna cosa respondía en breves razones, y *Adios, Adios*.

En las festividades solemnes y días de jubileos, y días de los Patriarcas, amanecía en la ciudad de Zacatecas confesando, y en eso gastaba toda la mañana. Predicaba muchas veces en la plaza con grande espíritu y fervor, en las dominicas de Adviento y en otros días que suelen ser ocasionados á algunos desórdenes,

como carnestolendas, días de S. Juan, de S. Pedro, de Santiago y Santa Ana, y también hacía pláticas á los presos de la cárcel y en el hospital, confesaba á los encarcelados y á los enfermos, que unos y otros lo solicitaban con frecuencia.

Seis años gastó en fundar el Colegio de Zacatecas, en los que fué Presidente *in capite*. En este tiempo no dejó de confesar y predicar continuamente en Zacatecas, hizo varias misiones muy fructuosas: á tiempo salía á misionar por varias partes: hizo misión en Guadalupe, y por todos los lugares del camino, en los pueblos, en las haciendas y en los ranchos, siempre confesando y predicando: siempre caminó á pié sin llevar provisión de viático para el camino: siempre en las posadas y en los pueblos entraba cantando el *alabado*, el que dejó extendido por todas partes, y también cuando salía de las posadas y de los pueblos, salía cantando el *alabado*, y despedía á los que le salían acompañando, rezando la protesta de fé, y echándoles la bendición para que se volvieran á sus casas, y él proseguía su jornada rezando siempre varias devociones con el compañero ó con algunos que le seguían para confesarse.

De la misma manera caminó dos ocasiones para la ciudad de Guadalajara en donde hizo misión muy fructuosa, y por todos los pueblos y lugares del camino siempre á pié y siempre predicando y confesando; y del mismo modo caminó á la ciudad de S. Luis Potosí, en donde también hizo misión, y en sus contornos y por todo el camino de ida y vuelta siempre confesando y predicando. También fué en este tiempo á la ciudad de México á negocios del Colegio, y también hizo misión muy fructuosa, y por todos los parages del camino siempre á pié, siempre predicando y confesando, á la ida y á la vuelta. De la misma manera entró á la Provincia del Nayarit en tiempo que estaban tan revueltos los indios que no permitían entrar en aquellas fragosas sierras ningún español cristiano, y solo

admitían algunos otros indios fugitivos de los pueblos circunvecinos para hacerse más fuertes y temibles. Entró solo con un compañero religioso hasta sus mismas rancherías, este fué el R. P. Fr. Luis Delgado, quien certificó que saliéndole á encontrar los indios con flechas y machetes como para matarle, no solo no les temió, sino que acercándose á ellos abriendo los brazos en cruz, los amansó de suerte que le dieron lugar para que les persuadiese á su reducción, y aunque por entonces no lo consiguió, se volvió diciendo que *no había llegado la hora*, pero después, á sus diligencias, se consiguió, y hoy son pueblos cristianos.

El año de 1713, habiéndose hecho la primera elección de Guardián del Colegio de Zacatecas, salió para el nuevo Reino de León con un compañero religioso misionando, predicando y confesando por todo el camino á pié y sin ninguna provisión: anduvo por todo el nuevo Reino de León misionando sin dejar pueblo ni rancho de pastores, ni hacienda en que no predicara y confesara.

De aquí pasó á los infieles caminando más de 400 leguas hasta lo último de la Provincia de Texas. en donde padeció muchísimos trabajos en los primeros años en que se mantuvo entre los indios. En el año de 717 le eligieron Guardián y no le llegó la noticia en más de un año porque estaban los caminos incultos, y no salió esta vez: en el tiempo que estuvo en los Texas fundó varias misiones y todas las demás que después acá se han fundado en dicha provincia, ha sido á diligencias suyas después que fué Guardián del Colegio de Zacatecas.

Después de ocho años de estar en los Texas, lo eligieron segunda vez para Guardián, y salió desde lo último de los Texas siempre misionando y predicando siempre, y predicando por todo el camino. Estando ya de Guardián lo comuniqué más de cerca porque ya yo era religioso y fué mi Prelado: su prudencia grande y su mansedumbre, su genio apacible, su semblante

te agradable, su silencio extremado, y cuando era preciso hablar lo hacía con voz baja y en pocas palabras; su humildad profunda sin hipocresía; muchas veces, siendo Guardián, le ví ayudar á misa, y varias veces le ví ejercitar aquellos oficios que son propios de los novicios: su modestia rara; nunca se le veían los ojos sino solamente cuando con fervor predicaba: siempre estaba ocupado ó escribiendo cartas ó confesando, y para confesar nunca se excusaba aunque estuviera muy ocupado: todo lo dejaba y decía: *Jesucristo me llama*. Decía misa todos los días, y todos los días se reconciliaba de defectos muy leves; nunca le ví turbado ni enojado, sino siempre con un mismo semblante. En todos los actos de comunidad era el primero; siempre asistía á la media noche á los maitines, se quedaba á rezar las estaciones del Calvario con una corona de espinas, con una soga y una cruz grande que todavía se mantiene en el ante-coro del Colegio. (ahora se conserva en la sacristía del Noviciado). Cuando iba á la ciudad de Zacatecas (muchas veces le acompañé,) en el camino rezaba la corona de María Santísima, las estaciones del Calvario, la estación del Santísimo y otras devociones y también la doctrina del P. Cardeño, y si sobraba tiempo decía todo el texto de la regla, todo esto á la ida y á la vuelta: siempre á pié y se volvía el mismo día, y muchas veces antes de medio día. Su vestido siempre fué un solo hábito de sayal, aunque el último año de su vida usó muy raras veces un cotoncillo de sayal que le mandaron poner para el abrigo: sus paños menores de sayal; nunca usó de calzado, sino solo las sandalias; nunca usó de lienzo; nunca tocó el dinero ni aun siquiera le conoció. A todos los sacerdotes trataba con gran veneración, á los religiosos con grande caridad, y mucho más á los enfermos. En la veneración á María Santísima era muy extremado; celebraba con gran devoción todas sus festividades, en especial el día de la Asunción de Nuestra Señora, y derramaba muchas lágrimas cuando celebraba su tránsito.

Habiendo acabado su segunda Guardianía, para decirme que lo acompañara, me dijo: *Se atreve el Padre Fr. Simón que vamos á quemar el mundo? pues dispóngase;* y no me dijo más: y luego dispuso el que nos retiráramos los dos á una hacienda distante del Colegio como cinco leguas, en donde gastó un mes haciendo ejercicios, y en este mes no dejó de confesar muchos que hasta allí le iban á buscar. Todos los días rezaba el rosario con los de la hacienda y la estación del Santísimo Sacramento en cruz, la protesta de la fé y el *alabado*. Los días de fiesta después de misa les hacía plática, rezaba la estación y cantaba el *alabado*. Después de esto le acompañé once meses día á día hasta que murió; juntos caminábamos, juntos descansábamos en los parajes en una misma posada, y en los conventos en una misma celda; por todo el camino siempre rezando los dos, ó con la gente que casi siempre le seguía: siempre predicando y confesando en los poblados, en las haciendas y en los ranchos: siempre entraba cantando el *alabado*; y se iba á la Iglesia siempre convidando á todos los que se quisieran confesar. Todo este camino lo hizo á pié, solo una vez subió á caballo por la necesidad, y esto más á instancia mía que por voluntad propia, y en otra ocasión caminó tres leguas en un borrico, por acortar otra jornada larga; ningún día dejó de confesar en todo el camino, y solo una tarde que nos extraviáramos no hubo ninguno para confesarse; estuvo tan afligido é inquieto en la posada que saliendo en ocasiones de su recogimiento enclavijadas las manos preguntaba si no venía alguno que se quisiera confesar. Siempre me despertaba á las tres de la mañana ó poco menos, y con estar los dos juntos, yo no podré decir si dormía ni cuando, porque siempre le ví sentado en un rincón envuelta la cabeza en su manto como solía estar en el coro en oración. En todo el camino que le acompañé no dejó ningún día de decir misa y siempre la decía con gran devoción: todos los días se reconciliaba de defectos muy leves, y yo

creí que no había perdido la gracia del bautismo; en todo este tiempo no le advertí defecto alguno, aun de aquellos que no faltan á las personas muy espirituales; nunca tomó tabaco ni polvos; nunca perdía ni un instante de tiempo, siempre confesando ó predicando, ó recogido en oración: siempre creí que estaba en la presencia de Dios, y algunas veces en altísima contemplación, según vivía abstraído de todos y de todo. Nunca oí que se quejara ni por el frío ni por el calor, ni por el cansancio, ni por el sol, ni por el aire, ni por otra contingencia del camino. Ningún día en todo el camino dejó de rezar el oficio divino, y siempre lo rezaba de rodillas y con gran devoción. Ningún día de viernes ni de vigilia dejó de ayunar en todo el camino, ni comió carne. Todos los viernes rezaba las Estaciones del Calvario con gran ternura y devoción, y siempre encargaba á todos esta devoción antes de comenzar sus sermones, y también persuadía á la devoción de María Santísima y su santísimo rosario y otras devociones: siempre que encontraba en el camino alguna cruz, se hincaba de rodillas para adorarla.

En llegando á cualquier curato, se postraba para tomar la bendición de los señores curas, con ademán de besarles los piés. En todos sus sermones era el tema: *Nos autem predicamus Christum crucifixum*, y de este tema sacaba todos sus asuntos, y siempre los probaba con abundancia de textos de Escritura, con autoridades de Santos Padres, con símiles y ejemplos muy del intento: siempre predicaba verdades católicas, doctrina cristiana y desengaños, exhortando siempre al aborrecimiento de los vicios y al ejercicio de las virtudes con palabras sencillas, pero eficaces, acomodándose siempre á los auditorios y á los oyentes.

En los pueblos de los indios predicaba tan masorralmente como suelen ellos hablar; predicándoles contra aquellos pecados que son entre los indios más comunes; les proponía ejemplos muy materiales, y les repetía la doctrina del Padre Castaño, y les encargaba mu-

cho que la aprendieran y rezaran todos los días, y era grande el fruto que experimentábamos, pues todos procuraban confesarse; y con gran devoción salían acompañándonos de pueblo á pueblo, con ramas de árboles que aunque les persuadíamos que las dejaran, no se solía conseguir. Todos los sermones se concluían con el acto de contrición, la protesta de fé y el *alabado*.

En la ciudad de Guadalajara se detuvo como dos meses; en el primer día de su llegada visitó á todas las personas de cuenta, así eclesiásticas como seculares, y al día siguiente empezó á confesar en los conventos de monjas, gastando en cada convento los días que fueron necesarios según el número de religiosas de cada uno: en todos hacía pláticas y en el Beaterio, y todas se consolaron. Después hizo misión en la Parroquia, predicó pláticas en la cárcel, en el hospital, en la Escuela de Cristo, asistiendo á oírle las personas más condecoradas, porque todos deseaban oírlo. Muchas personas de cuenta deseaban comunicarlo, y como no lo podían conseguir porque cuando lo buscaban siempre estaba confesando, se convinieron algunas personas de las más distinguidas y señaladas en virtud y letras, como fueron D. Salvador Jimenez de Monroy y el Bachiller D. Pedro Rivera; D. Juan Gonzalez, D. Gerónimo Prieto, D. Gregorio Goyti, el R. P. Feliciano Pimentel, D. Eusebio Ríaza, Cura del Sagrario; todos estos señores suplicaron á D. Bernardino Miranda que lo convidara á comer un día á su casa, lo que se ejecutó así: y habiendo venido de Santa María de Gracia, en donde estaba confesando, á las doce del día, después de comer, sería como á las tres y media ó cuatro de la tarde, á un mismo tiempo ocurrieron todas las dichas personas como á visitarle, y habiéndose mutuamente saludado, se sentaron todos por su orden en una pieza, y sin dar lugar á otra conversación empezó á hablar el V. P. Margil tan solamente del misterio de la Santísima Trinidad y de los atributos divinos con tal energía

y afluencia de textos de Escritura y Santos Padres, que todos admirados solo se miraban los unos á los otros sin hablar ninguno ni una sola palabra en toda la tarde. Algunas veces enfervorizado se le encendía el rostro como si estuviera en altísima contemplación, y yo así lo pasé todo el tiempo que duró, sería como más de dos horas, porque era por el mes de Diciembre; me pareció un solo instante, y ya que se hubo metido el sol y sería como á las seis de la tarde, levantándose de su silla los fué despidiendo: adios, adios, y nosotros nos fuimos al convento de nuestra posada.

Por todo el camino desde Guadalajara hasta Valladolid, sin descansar ni día ni noche, eran los concursos tan crecidos que en más de un mes era preciso confesar los hombres, de noche, hasta las once ó doce de la noche; y si yo no le hiciera levantar creó que allí le amanecería confesando; y siempre á las tres de la mañana ya estaba en pié para dar misa. En la ciudad de Valladolid se hizo misión muy fructuosa, á la que nos ayudaron dos religiosos del Colegio de Querétaro. A las religiosas de los conventos se les hizo pláticas, y todas se confesaron: también los presos de la cárcel y los enfermos del hospital se confesaron y se consolaron.

El camino hasta Querétaro se prosiguió siempre confesando y predicando y haciendo misión en los pueblos, haciendas y ranchos. En la ciudad de Querétaro se confesaron todas las monjas y beatas.

En este lugar le cercenaron el manto cortándole muchos pedazos, que fué necesario el que le hicieran otro en el Colegio luego que se conoció el defecto. Desde Querétaro á México siempre á pié, y siempre confesando y predicando. La última plática hizo en la hacienda del Cazadero, y duró más de dos horas, aun estando ya principiada la enfermedad de que murió: la última misa dijo en un pueblo, como veinte leguas antes de llegar á México, y desde aquí fué ya necesario el conducirlo para la ciudad, porque ya se le agrava-

vaba mucho la enfermedad. Llegó á México el día dos de Agosto, ya después de la oración de la noche, y pasando por la puerta de la Iglesia hizo oración para ganar el jubileo de Porciúncula, y luego entró en el convento, y en la enfermería, en los dos días siguientes recibió los santos Sacramentos con gran devoción. Un día antes de su muerte le enviaron los religiosos de un convento una imagen de Nuestra Señora de los Remedios, y saludándola con grande afecto, muchos religiosos afirmaron haberle oído decir: *Adios, Señora, hasta mañana*. Dos días antes que muriera nos echó su bendición á seis religiosos que estábamos juntos, unos que había sacado de Valladolid, y otros del Colegio de Querétaro, y nos encargó mucho que prosiguiéramos haciendo misión como lo ejecutamos después de su muerte, misionando desde las orillas de México en todos los pueblos de las sierras de Mexitlán y Huachinango hasta Tamiagua y Tampico y Tabasco, y hasta la Villa de los Valles. En los días que le duró la enfermedad estuvo con gran paciencia sin quejarse, solo repetía muchas veces *Paratum cor meum*. No llegó á privarse aun siendo la fiebre muy grande; solo sí repetía como delirando algunas veces *Acaba, di, cuantas veces*; como si estuviera confesando; y si entonces le hablaban, respondía á todo lo que le preguntaban.

Murió el día seis de Agosto, antes de las dos de la tarde con gran sosiego. Estuvo su cuerpo dos días y medio sin sepultar. Fué muy grande la conmoción y el concurso de toda la ciudad, y si no se hubieran dado las providencias necesarias, la devoción indiscreta hubiera hecho muchos destrozos. Aun las personas más condecoradas se arrodillaban á besarle los pies, y muchas personas cogían de las rosas que tenía encima y refregándolas á sus pies, las guardaban por reliquia.

En todo el tiempo que estuvo insepulto no se le conoció mal olor, los ojos estaban claros, los pies tan suaves y blandos como si fueran de una criatura: su

pecho se mantuvo caliente; yo le llegué á tocar aun al segundo día: el hábito le destrozaron, y fué necesario mudarle otro; y aun á ese le cortaron aquellas personas más condecoradas, como eran los Prelados de las Religiones, que le cargaron desde la tumba al sepulcro: uno de estos Prelados me enseñó un pedazo que le había tocado. El concurso en el entierro, y también en las honras fué tan numeroso, que aseguraban todos no haberlo visto mayor en México; asistiendo todos los Tribunales y lo más lucido de la ciudad, y todos aclamando su santidad.

En todas partes es constante la fama de su santidad; todos los más se encomiendan al alma del P. Margil, y muchos publican haberles socorrido en sus necesidades y enfermedades, unos porque le han invocado; otros que se han valido de sus firmas; otros de sus estampas y todos con buen efecto. Yo he oído contar muchos de estos prodigios, los que no digo porque necesitan de más comprobación; pero no puedo dejar de decir para gloria de Dios y confusión mía lo que ya sigue:

Once meses acompañé al V. P. Fr. Antonio Margil desde que salió del Colegio hasta que murió: en este tiempo ni un solo instante nos apartábamos; juntos caminábamos, juntos descansábamos en una misma posada, juntos rezábamos el oficio divino, juntos confesábamos gran parte del día, y muchas veces gran parte de la noche, hombres, sin perder ni un instante de tiempo desde las tres de la mañana que me despertaba hasta que nos recojíamos; juntos nos sentábamos á comer y juntos nos levantábamos de la mesa, y en fin, todo cuanto hacíamos lo hacíamos los dos juntos como si fuéramos los dos uno; y con ser el trabajo tan continuo, no sentí en todo el camino la menor incomodidad ni las congojas que suele ocasionar el confesar, ni la repugnancia por la continuación de todo el día y todos los días, ni sentí especial cansancio en los caminos, aun siendo muchas veces las jornadas de sie-

te y nueve leguas á pié, ni sentí especial congoja con el sol, con el frío, con el aire; ni tuve pensamiento inútil, ni desvelo aun siendo el sueño tan escaso, que solo sería de cinco ó seis horas, aun entrando el rato que descansaba á la siesta; ni tuve cuidado alguno que me divirtiera el ejercicio, ni conversación alguna con alguna persona, sino como abstraído todo, de suerte que como si no fuera yo me parecieron los once meses como un instante, ó como un relámpago ó como un sueño: cómo esto fué yo no lo puedo explicar más, y me parece que no podía ser según lo natural, porque después acá todo se me hace pesado; el confesar continuo me cansa y siempre me deja muchas espinas el confesonario: el caminar á pié me cansa demasiado, aun siendo moderadas las jornadas: el sol, el frío, el aire en los caminos me molesta, y aun sin los caminos; el predicar me cuesta mucho trabajo y fatiga, y en fin, todo me cuesta grande repugnancia, y para todo es menester hacerme fuerza para vencer esta repugnancia, por lo que me parece que la suavidad, facilidad, insensibilidad de todo el camino en los once meses dichos, no puede ser menos que prodigiosa: esto lo dejo á la consideración de los prudentes, que yo cuando me acuerdo de esto me confundo, y solo digo que ojalá y toda mi vida hubiera sido como estos once meses; y digo más; que después de estos once meses proseguí misionando á pié hasta la Provincia de Tampico, y volví al Colegio de donde salí á los diez y ocho meses con el mismo hábito y las mismas sandalias sin haberlas remendado ni mudado, sin haber ni lavado el hábito ni mudarlo, sin haber sentido por esto especial congoja.

Acerca del interior del V. P. Fr. Antonio Margil solo digo, que yo siempre creí que vivió en altísima contemplación por lo abstraído de todas las cosas del mundo, y solo ocupado en las cosas del cielo, y entendiendo siempre en procurar la salvación de las almas, sin respirar más que celo. Algunas veces conociendo el

grande fruto que hacía Dios por sus sermones, (y lo experimentábamos en el confesonario) me decía: *¿No da gracias á Dios Nuestro Señor el P. Fr. Simón por el fruto que hace en las almas Jesucristo?* Siempre decía que Jesucristo predicaba, que Jesucristo confesaba y que Fr. Antonio no hacía nada; y así se firmaba *la misma nada*.

Acerca de los muchos prodigios que Dios obró en el Reino de Guatemala, solo diré lo que es tan notorio en las idas y venidas y rodeos desde Querétaro á Guatemala, y desde Guatemala á los infieles, los millares de leguas que caminé á pié siempre, sin provisión, predicando y confesando siempre entre los fieles; y entre los infieles siempre retirado en aquellas fragosas sierras por más de catorce años, procurando siempre su reducción y fundando tantos pueblos como fundó y dándole Dios tantas almas como le dió. Pero de esto, más y mejor lo dice una carta de su misma nota, aunque sin firma ni fecha, porque era borrador de la que escribió al R. P. Comisario; y por el contexto de la misma carta, parece que la escribió en el año de veinte ó veintiuno cuando estaba en la Provincia de los Texas. Yo la encontré en varios sobre escritos viejos entre otros rezagos de su misma letra que conozco muy bien, y la trasladé al pié de la letra; solo se hallan en ella tres huecos ó blancos que no pude entender los vocablos, y los señalé con esta señal: (·) La carta es como sigue.

XVI.

Una autobiografía.

Rmo. P. N. Comisario General.

Viva Jesús. Y nos guarde á V. Rma. para que como otro S. Pedro envié apostólicos á este nuevo mundo, y se cumpla en V. Rma. *Ut sis salus mea usque ad ex-*